



Carbón vegetal

ISAAC DINESEN - MEMORIAS DE AFRICA, 1937 - OUT OF AFRICA

Hacer carbón de leña es un trabajo agradable. Hay algo de embriagador en ello y es sabido que los que lo fabrican ven las cosas de una manera diferente al resto de la gente, son dados a la poesía y a las fantasías, y los duendes del bosque les hacen compañía. Cuando el horno de combustión está incandescente y se abre, es hermoso ver cómo el carbón de leña sale expulsado y se desparra por el suelo. Liso como la seda, materia defecada, ligera de peso e imperecedera la pequeña, oscura y experta momia de la madera.

La *mise-en-scène* del arte de quemar carbón de leña está llena de belleza. Como se cortan solamente las matas, porque el carbón de leña no se puede hacer de madera gruesa, trabajábamos bajo las copas de los árboles altos. En la paz y quietud sombría del bosque africano, la madera cortada olía como grosellas; y el punzante, fresco, exuberante y agrio olor del horno incandescente era tonificante como la brisa marina. Todo el lugar adquiría un atmósfera teatral, lo cual, como por debajo del ecuador no hay teatros, tenía un encanto infinito. Las delgadas espirales de humo azul que salen de los hornos se levantan a distancias regulares y los propios hornos oscuros parecen como tiendas de campaña en el escenario, el campamento de unos contrabandistas o de soldados en una ópera romántica. Las oscuras figuras de los nativos se movían sin ruido. Cuando has limpiado la maleza en un bosque africano acude siempre una gran cantidad de mariposas, a las que parece que les gusta reunirse en las cepas. Todo era misterioso e inocente. Allí entonces muy bien la



encorvada figurilla del viejo Knudsen, todo agitado, pelirrojo, ágil. Ahora que tenía un trabajo que le gustaba, criticaba y animaba, como un Puck que se hubiera hecho viejo, ciego y muy malicioso. Era muy concienzudo en su trabajo y sorprendentemente paciente con sus discípulos nativos. No siempre estábamos de acuerdo. Cuando era una muchacha fui a una escuela de pintura en París donde aprendí que los olivos hacen el mejor carbón de leña, pero Knudsen me explicó que los olivos no tenían nudos y, ¡siete mil demonios del Infierno!, todo el mundo sabe que el corazón de las cosas está en sus nudos.

Una circunstancia particular en el bosque calmó el mal genio de Knudsen. Los árboles africanos tienen un follaje delicado, la mayor parte de las veces digitado, así que cuando has talado el denso matorral, ahuecando el bosque, por así decirlo, la luz es casi como la de un hayedo en el mes de

mayor en mi patria, cuando apenas han brotado o están empezando a brotar las hojas. Llamé la atención de Knudsen sobre el parecido y la idea le encantó, porque mientras fabricábamos el carbón de leña se le ocurrió una fantasía: estábamos en una excursión del domingo después de Pentecostés en Dinamarca. Le puso a un viejo tronco hueco el nombre de Lottenburg, que es el nombre de un lugar de diversión cerca de Copenhague. Cuando escondí unas cantas botellas de cerveza danesa en el interior de Lottenburg y le invité a beberlas, condescendió a decir que era una buena broma.

Nuestro carbón de leña no resultó un éxito financiero. De vez en cuando uno de los hornos de combustión ardía accidentalmente y nuestros beneficios se hacían humo. Knudsen se mostró muy preocupado por nuestro fracaso y especulaba sobre él; por fin manifestó que nadie en el mundo podía fabricar carbón de leña si no disponía de una buena cantidad de nieve a mano.